

# *La casa, centro de la vida social en el norte de la provincia de Lérida en relación con otras unidades de identidad*

Marta GONZÁLEZ BUENO

El análisis que voy a tratar de realizar se basa fundamentalmente en datos recogidos sobre el terreno a lo largo de quince meses de estancia en varios pueblos del norte de la provincia de Lérida, en la comarca del Pallars Sobirà y especialmente en el Valle de Aneu.

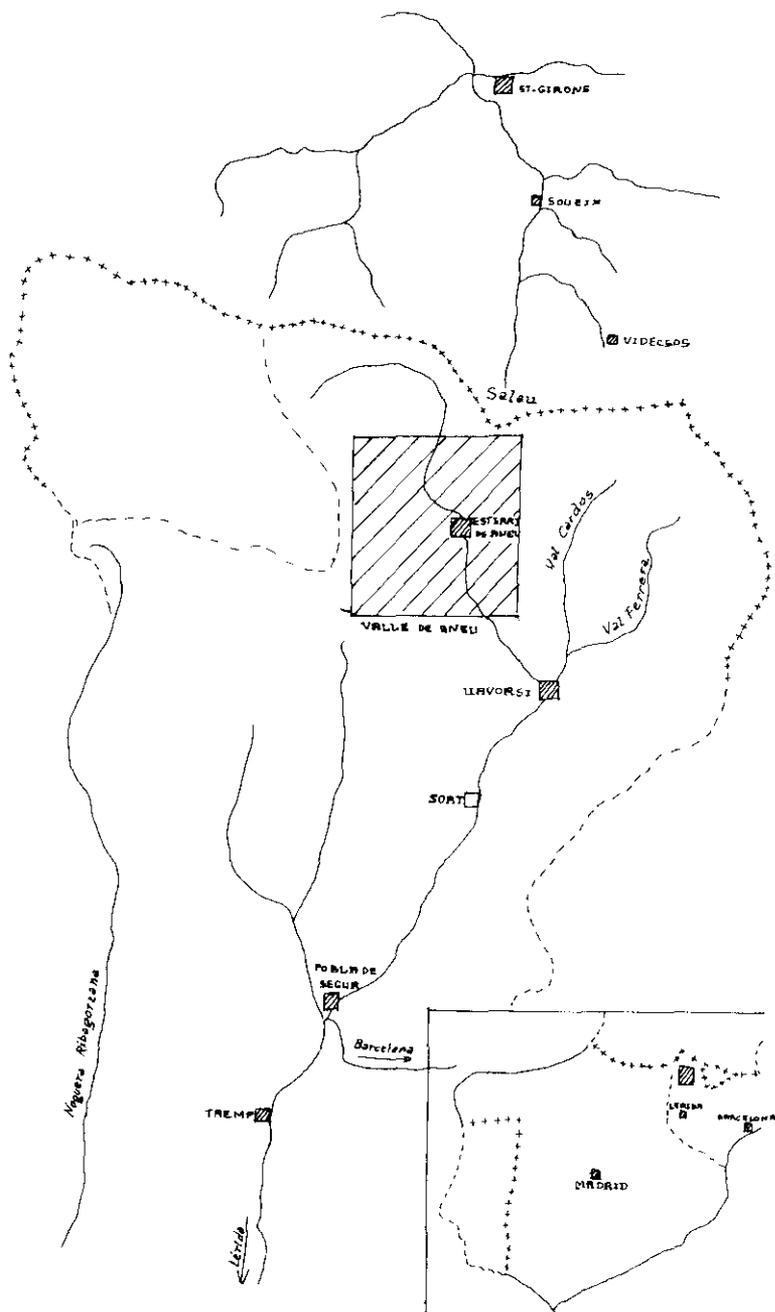
Dadas las características de la zona, considero que la mayor parte de los sistemas descritos son válidos para un área comprendida entre la zona axial de los Pirineos y la Sierra de Montsec, «veritable frontera natural durante molts segles»<sup>1</sup>.

Denominada como zona montañosa del Pirineo y del Prepirineo, sus núcleos de población se encuentran por encima de los 1.000 metros de altitud, con una densidad de población que en pocos casos sobrepasa los 7,5 hab/km<sup>2</sup>, la más baja de toda Cataluña, cuya medida es de 125 hab/km<sup>2</sup>.

Antes de centrarme en la casa, como eje de la vida social, voy a hacer un recorrido por los diferentes niveles de identidad que se manifiestan al observador-investigador foráneo en tanto en cuanto operan como aglutinante para los propios habitantes de la zona: comportamientos cotidianos, rituales y verbalizaciones a través de los cuales manifiestan su pertenencia a diferentes grupos que su situación espacial les condiciona.

---

<sup>1</sup> MIRABET I CUCULA, Magda: *El Pallarès de Talarn. Petita Noblesa Rural*. Lleida, 1989.



Mapa 1.—Localización del valle de Aneu. Area correspondiente a la denominación "montañosa".

En una primera alusión a la zona nos referiríamos a ella como «*la montaña*», sin tener en cuenta consideraciones de otro tipo: ni divisiones administrativas, ni condicionantes históricos, ni variaciones locales en el paisaje.

Este hipotético lugar de descanso, la montaña, es un espacio habitado por personas que con frecuencia no lo viven como tal. Es más, son conscientes, en su vivir cotidiano, de las dificultades que el medio encierra, que incitan al montañés a «*baixar sempre, montar no*»<sup>2</sup> porque en el llano, las condiciones de vida mejoran, y los recursos se hacen más variados y accesibles.

Aparece así la primera oposición montaña/llano que genera un sentimiento de pertenencia a un grupo cultural homogéneo.

Para referirse a este amplio grupo se utiliza la expresión «*nosotros, los de la montaña*» que borra límites provinciales o comarcales, y elimina fronteras. Los montañeses conocen parajes, casas y acontecimientos que revisten una significación especial, puntos de referencia que por diversos motivos se han convertido en hitos culturales o históricos.

Durante siglos, los Pirineos no han supuesto una frontera para los habitantes de esta zona, quienes, ajenos a los intentos de centralización de París y Madrid, firmaban «*tratados de pasería*» que permitían el paso libre de ganados y comercio. «*Au début des temps modernes un lien puissant unissait presque toutes les vallées des deux versants les soudant en un singulier Etat Pyrennéen*»<sup>3</sup>. Son numerosos los testimonios existentes sobre esta unidad de las dos vertientes. A veces se pasaba la frontera por un poco de lana o un barril de aceite. Chevalier<sup>4</sup> cita a Froidour que en 1967 ve a un hombre que va a la vertiente española a vender un cesto de ciruelas. El mismo autor habla del «*colorido ibérico*» que presentaban muchos de los valles del Ariège, y comenta un documento de 1921 en el que el *sous-prefet* de St. Girons asegura que el comercio de esta zona se alimentaba casi exclusivamente de sus relaciones con España. A este lado, testimonios orales, muebles y adornos funerarios dan fe de un comercio que se recuerda como habitual no sólo por los profesionales arrieros («*tragineres*»), sino por cualquier vecino de los pueblos de las dos vertientes, antes que la construcción de la carretera facilitara un acceso relativamente cómodo al resto del estado.

En la actualidad es frecuente pasar la frontera con cualquier pretexto: adquirir productos a precio algo más ventajoso, cambiar de lugares de diversión o practicar algún deporte. Estos contactos son algo más que un reconocimiento mutuo a la necesidad de una relación de buena vecindad, puesto que favorecen el sentimiento de pertenencia a una comunidad que comparte

---

<sup>2</sup> BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*. México, 1953.

<sup>3</sup> SOULET, J. F.: *La vie quotidienne dans les Pyrenees sous l'ancien regime du XVIe au XVIIIe*. Paris, 1974.

<sup>4</sup> CHEVALIER: *La vie humaine dans les Pyrenees Ariegoises*. Toulouse, 1952.

parecidas inquietudes<sup>5</sup>. Buen testigo es, por ejemplo, el interés de las dos vertientes por que se llegara a hacer realidad la construcción de un tunel que por Salau uniese Francia con España. El proyecto, cuyos estudios comenzaron en el s. XVIII ha constituido una obsesión para los habitantes de esta zona, quienes han retrasado durante años su salida de ella en espera de que se hiciera realidad, considerando que podría constituir el espaldarazo definitivo para su promoción. Banquetes rituales tienen lugar anualmente entre autoridades del Pallars y del Ariège, que renuevan así su amistad, y la romería de Montgarri congrega a muchos habitantes de ambas zonas y del vecino Valle de Arán.

Estos habitantes de la montaña participan de las características, a menudo contradictorias, que los del llano les atribuyen: «hostiles y generosos; comunitarios e individualistas; desconfiados y nobles»<sup>6</sup> y que desde luego implican siempre un cierto distanciamiento y un cierto temor. Ellos mismos, en una fusión con el medio, dicen de algunas personas «esser mes aspre i gelat que el Pirineu»<sup>7</sup>.

Pero es en los momentos de crisis cuando el sentimiento de pertenencia a un grupo diferenciado de su opuesto<sup>8</sup> aflora más palpablemente. La ocasión en este caso surgió con motivo del cierre de la escuela en varios pueblos de la zona.

Los escolares fueron concentrados en Graduadas de los principales núcleos de población, capitales de valles o comarcas.

El hecho, no por temido menos decepcionante, tuvo lugar de una forma bastante precipitada, una vez comenzado el curso escolar, y sin mediar explicaciones ni a las autoridades locales ni a los padres de alumnos. Esto produjo una serie de comentarios y protestas que pusieron de relieve la oposición nosotros/ellos. En este caso el *ellos* hace referencia a todos los que se encuentran en una situación de ventaja, cercanos a los centros de poder y decisión, frente al «nosotros, montañeses», alejados de ellos y por lo tanto en situación de indefensión, pues al no existir coincidencia de intereses prevalecen los de ellos, los de otros.

Todos los pueblos de los diferentes valles reaccionaban de manera similar, identificándose como montañeses. Estos son algunos de los comentarios más repetidos:

<sup>5</sup> En 1981 se celebró en Madrid, en la Casa de Velázquez, un coloquio Hispano-Francés sobre Pirineos, que puso de relieve la uniformidad de la zona.

<sup>6</sup> BRAUDEL: *op. cit.*, 1953.

<sup>7</sup> COLL, Pep: «Escalarre i Santa María no es van fer cap en un dial», en *Collegats*. Anuari del Centre d'Estudis del Pallars, 1987.

<sup>8</sup> «Nótese que todos estos momentos de intensa significación cultural y radical afirmación colectiva sólo tienen existencia —tanto real como óptica— y sentido frente al otro; el nosotros implica exclusión» LISON: «La dialéctica nación/estado o la antropología del extraño.» *Reis*, n.º 45, enero-marzo 1989.

«Se creen que los de la montaña somos tontos y que nos dejamos hacer todo lo que ellos quieran, pero van a ver que no lo consiguen. Si hay que ir hasta Madrid, se irá.»

«Quieren convertir a toda la zona en reserva de caza para los señoritos de Madrid.»

Frases que con ligeros matices se escuchan cada vez que surgen contra-tiempos, como la paralización de mejoras de carreteras, por ejemplo, que es siempre muy importante para ellos. Otras veces las iras se dirigen, además de contra los señoritos de Madrid, contra los «chulos de Barcelona», que «se creen que lo saben todo y les tomamos el pelo lo que queremos». Tanto Madrid como Barcelona representan el centralismo, los privilegios y el buen vivir frente al alejamiento y las dificultades de la montaña.

Una forma de evitar este distanciamiento es salir de la zona. No implica una salida definitiva, sino temporal, de algunos años, tras lo que se vuelve con unos conocimientos y unas maneras que reducen la distancia, no física, sino cultural, con todos aquellos que pertenecen al otro grupo y que pueden ser útiles para mantener tratos que conduzcan a resultados ventajosos. El hecho de salir durante unos años es expresado diciendo que salen para «pulirse», es decir, adquirir hábitos y costumbres más refinados que se supone no poseen en su propio grupo, donde según algunos maestros «la gente está atrofiada, y tienen que salir si no quieren seguir así». Esto se ha venido haciendo tradicionalmente por parte de las familias más pudientes, asistiendo a Barcelona o a un convento de Rialp. Aunque este pueblo está en la comarca, al ser un convento se consideraba un mundo diferente al suyo, puesto que el convento era como una isla dentro del pueblo, con una vida totalmente aparte y diferenciada, que proporciona formas de comportamiento diferentes.

Para terminar con estas consideraciones sobre la montaña quiero hacer hincapié en el hecho de que esta oposición entre ella y el llano, es diferente a la que se produce entre arriba/abajo, aunque ambas se basan fundamentalmente en la altitud.

La primera oposición montaña/llano genera sentimiento de pertenencia a un grupo amplio; la segunda arriba/abajo es una extrapolación de la anterior, no genera sentimiento de pertenencia puesto que se produce en todos los diferentes estadios de identificación. Siempre que se baja, aunque sean unos pocos kilómetros de recorrido, es para encontrar algo más: coche de línea, comercios, servicios médicos, escuelas... de ahí, como citaba al principio, el interés del montañés de bajar siempre, no subir. Unos pocos metros de diferencia en la altitud de un pueblo pueden ser esgrimidos como prueba de más favorables condiciones climáticas, y por tanto, mejor.

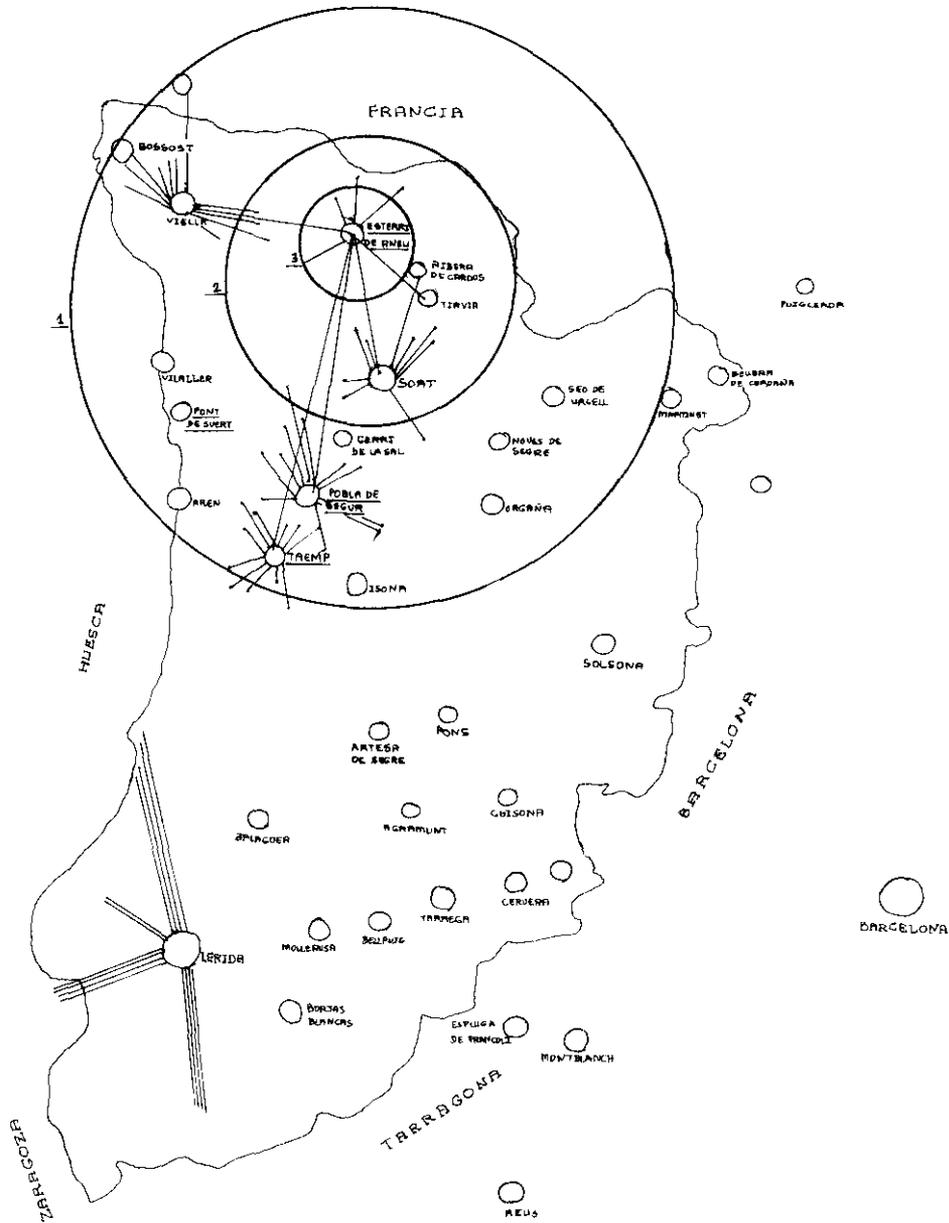
El «nosotros los de la montaña» tiene una delimitación espacial muy clara, formulada con la intención, a mitad camino entre orgullosa y jocosamente de constituir «la República independiente del Pallars», haciendo clara alu-

sión al siguiente nivel de identidad: *la comarca* de la que los habitantes se sienten parte y se reconocen como grupo. Otras comarcas del Pirineo Occidental, además del Pallars son las de la Ribargoça, La Cerdaña, El Urgellet y Andorra. También el Valle de Arán puede ser considerado independientemente. Hay que tener en cuenta que este valle tienen características propias de la vertiente atlántica<sup>9</sup> y su desarrollo, debido en gran parte a la promoción del deporte de la nieve, le hace radicalmente distinto del resto de los valles y por lo tanto de los montañeses, al estar en cierto modo excluido de la problemática que presentan el resto de los pueblos.



Mapa 2.—Localización de la comarca del Pallars en el conjunto de comarcas catalanas.

<sup>9</sup> LLOVET, Salvador, en *Geografía regional de España*. M. de Terán y L. Solé Sabaris. Barcelona, 1968.



Mapa 3.—*Unidades de identidad. Principales mercados provinciales (basado en J. Tortosa Durán). 1: montaña; 2: comarca; 3: valle.*

Cuando hablan de la «república independiente del Pallars» hacen referencia únicamente al Pallars Sobirà. El límite geográfico es el desfiladero del Collegats, más allá del cual se encuentran los «extranjeros». Una vez atravesado el desfiladero se entra en el «país», término con el que también se hace referencia a esta unidad comarcal, la gente del país es la gente de la que se conoce su procedencia, sus relaciones y su situación económica.

Esto es muy importante, porque precisamente el área comarcal coincide con el área matrimonial: los intercambios matrimoniales tienen lugar en gran medida en el área que comprende la comarca. En esta zona, el patrimonio familiar se transmite a un sólo hijo, el primogénito varón la mayor parte de las veces, conocido como el «hereu». La figura del «hereu» es muy importante y en torno a ella gira prácticamente todo el sistema social. Las familias tratan de asegurar su posición económica y social casando el «hereu» con muchachas procedentes de familias de similar status a las suyas propias que aporten al matrimonio una dote acorde con su origen y con la familia con la que va a emparentar. Esto hace que no siempre sea posible encontrar la candidata apropiada dentro de unos límites muy restringidos, como puede ser el pueblo por lo que se busca en una área más amplia que en muchos casos coincide con la comarca.

Este tráfico matrimonial genera un conocimiento directo de muchos grupos familiares que se unen por lazos de parentesco y amistad y hacen más fluidas las relaciones.

Una figura surgida de este sistema es el «casamenté», persona que debido a su oficio (sastre, barbero, etc.) tenía una cierta movilidad y carta blanca para entrar en todas las casas, por lo que conocía la situación real de cada una. Muchos matrimonios se hacían por su iniciativa o con su consejo; en él se delegaba en cierta manera la responsabilidad de la elección y posteriormente se le gratificaban sus servicios.

En la actualidad su función ha decaído mucho, puesto que cada día se hace más habitual el uso del automóvil, y a nivel de discurso al menos, no se reconoce abiertamente la vigencia del matrimonio «práctico».

Sin embargo, se considera que el tratante de ganado es, en cierto modo, el heredero de aquel profesional consejero, el casamentero, puesto que ahora es él quien visita frecuentemente las diferentes casas de la comarca.

Este recorrido por las casas que lleva a cabo el tratante de ganado es debido, a su vez, a la pérdida de vigencia de transacciones económicas en las ferias. Estas siguen existiendo y se asiste con regularidad, pero han perdido la importancia, puesto que la mayor parte de las ventas están decididas antes de llegar a la feria. Siguen teniendo, sin embargo, una gran importancia social y son un centro de reunión, al igual que los mercados que permiten y potencian unas relaciones que contribuyen a mantener vivo el sentimiento comarcal.

Una institución que contribuye en los últimos años a potenciar la unidad comarcal es la escuela. He mencionado el cierre de las pequeñas escuelas

unitarias para concentrar a los niños en las Graduadas. Lo dolorosa que supuso la experiencia de ver y sufrir<sup>10</sup> el cierre de las escuelas en varios pueblos, con el desgarrador comentario que le seguía, «cuando la escuela se cierra, el pueblo se muere» me fue extremadamente útil al permitirme escuchar comentarios y observar tensiones que de otra manera quizá me hubiera llevado mucho más tiempo descubrir. En todo caso, al cabo de unos años se puede constatar que el intercambio de escolares a una edad temprana contribuye a reforzar la percepción de la comarca como un todo al que se pertenece.

Igualmente, estudiantes y trabajadores con residencia temporal o permanente fuera de la comarca, generalmente Barcelona, vuelven periódicamente a ella con ánimo de luchar por conseguir mejoras que siempre son planteadas con referencia comarcal; intentan concienciar a los que se quedan de la necesidad de unión en las propuestas e ideas de desarrollo y organizan convocatorias que pretenden atraer a todos los habitantes de la comarca.

De hecho existe en Sort un grupo de jóvenes que tienen allí su residencia permanentemente y que trabajan activamente para lograr un dinamismo cultural y social parejo a mejoras económicas, teniendo siempre como unidad de acción la comarca.

Otro factor de unidad comarcal los constituyen los intercambios y campeonatos que tienen lugar en los últimos años entre las mujeres de la Comarca en una modalidad de juego de bolos común a toda la zona. Cada semana, las mujeres, casadas y solteras, se desplazan a un pueblo de la comarca, donde tiene lugar la partida.

El sentimiento comarcal, que a veces se expresa tomando como referencia el río: «Yo, desde luego, soy más amigo de la ribera del Noguera», supone, como toda unidad de identidad, una oposición con los contrarios, que en este caso son las comarcas limítrofes. Algunas pequeñas, o a veces grandes, ventajas en cuanto a medios de vida, desarrollo turístico y vías de comunicación, por ejemplo, son motivo para que afloren comentarios que tratan de resaltar la necesidad de unirse de una manera más organizada para evitar que todas las mejoras se desvíen fuera de su ámbito comarcal.

Es momento de hacer algún comentario respecto a dos divisiones administrativas de las que podía esperarse generasen un sentimiento de grupo que sin embargo no he podido observar en ningún momento y a las que se hace referencia de manera muy difusa.

Por un lado, la provincia. Es evidente que para resolver un buen número de trámites y problemas de toda índole deben acudir a Lérida, la capital de la provincia. Sin embargo, cuando pueden elegir, acuden con la misma fre-

---

<sup>10</sup> Se da la circunstancia de que esa etapa de investigación la estaba financiando ejerciendo como maestra, por lo que me tocó vivir el problema muy de cerca.

cuencia a Lérida que a Barcelona, aunque la distancia a esta es algo mayor, lo que contribuye a que la identificación provincial sea prácticamente inexistente.

Por otro lado, la Comunidad Autónoma. A pesar de los viajes relativamente frecuentes a Barcelona, su lejanía y la actitud de suficiencia y espíritu centralista de que se acusa a sus habitantes contribuye a diluir el sentimiento de pertenencia a la Comunidad. Pero, sin embargo, es más frecuente escuchar algún comentario referido al hecho de ser catalán que al hecho de ser de Lérida. Las personas que han vivido fuera de la zona algún tiempo, muchas de ellas en Barcelona, son quienes muestran mayor tendencia a considerarse miembros de ese grupo amplio que constituye la Comunidad Autónoma, mientras que para los demás, esta, centrada en su sede, Barcelona sigue representando el «ellos», y por tanto, en cierto modo rivales.

Si la «República independiente del Pallars» hace referencia a todos los valles que constituyen la comarca, cuando afirman que «aquí tenemos de todo, si queremos no nos hace falta salir», se refieren exclusivamente al valle, que es la siguiente unidad de identidad.

El Valle de Aneu «está compuesto de 22 pueblos, que, aislados del resto de Cataluña, formaron durante mucho tiempo una federación autónoma, con privilegios propios, similar a la formada por los de Andorra»<sup>11</sup>.

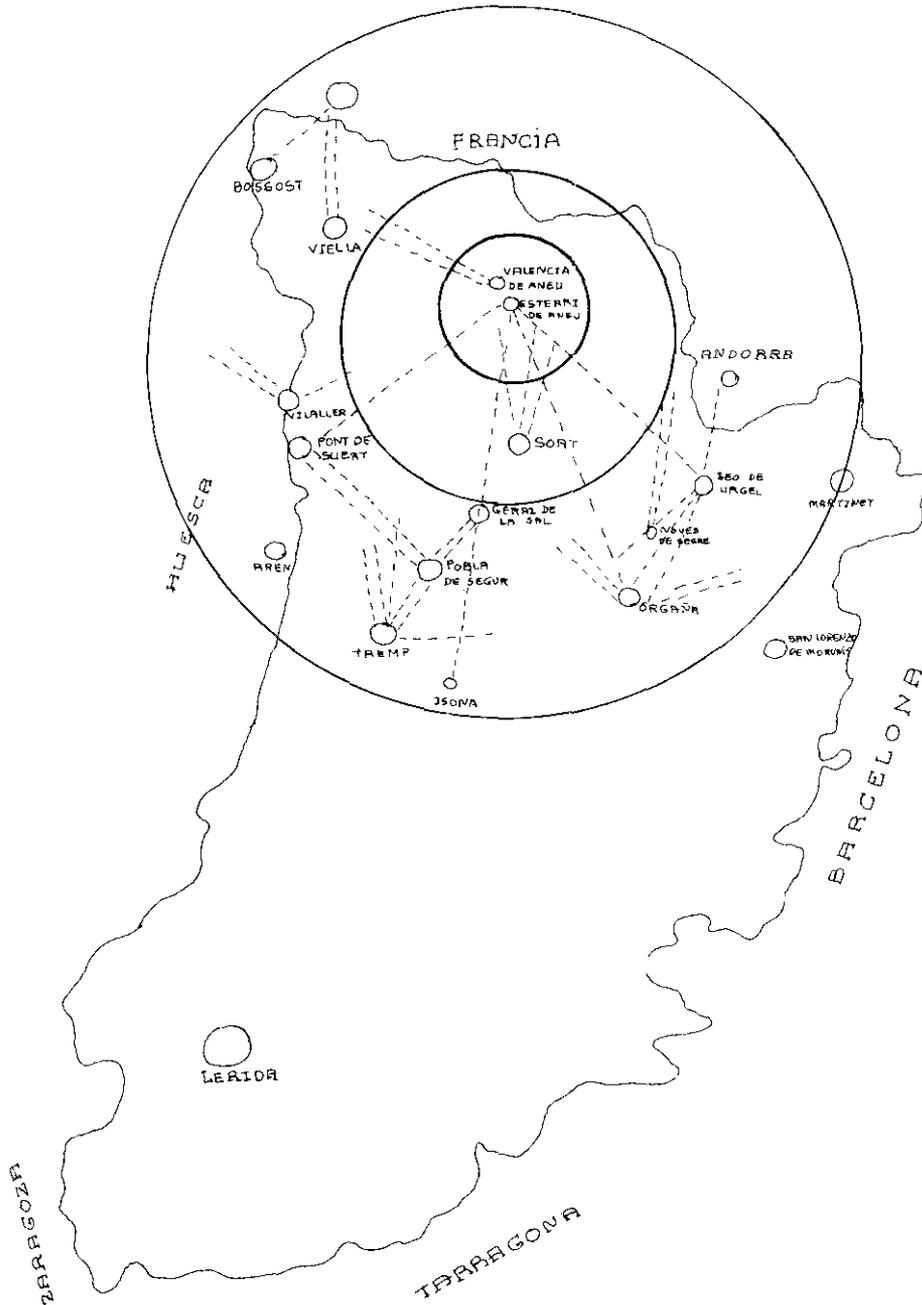
Estos privilegios, conocidos indirectamente con más o menos profundidad por una gran mayoría de los habitantes del Valle, contribuyen a reforzar los lazos de unión, que son muy estrechos. Comienzan así: «Desde que la Vall d'Aneu es vall, es costum d'elegir cada any dos Braços de Cort pera ocupar la plaça dels que havien de sortir-ne.» Joaquín Morelló, que recogió estos privilegios a principios de siglo, comenta «... (los que salían) que eran los dos més antichs y junt ab els quatre que restaren constituïen el Govern de la vall. Y qui elegia als Braços de Cort? Tost els caps de casa, es decir, tots els que tenien més interès en posseir una bona y honrada administració tant pera l'bé de sos interessos como pera'l pervindre dels seus fills»<sup>12</sup>.

En el valle todos los adultos se conocen entre sí y asisten o participan en alguna medida en los acontecimientos más importantes que se producen en los diferentes pueblos, tanto de carácter individual como colectivo.

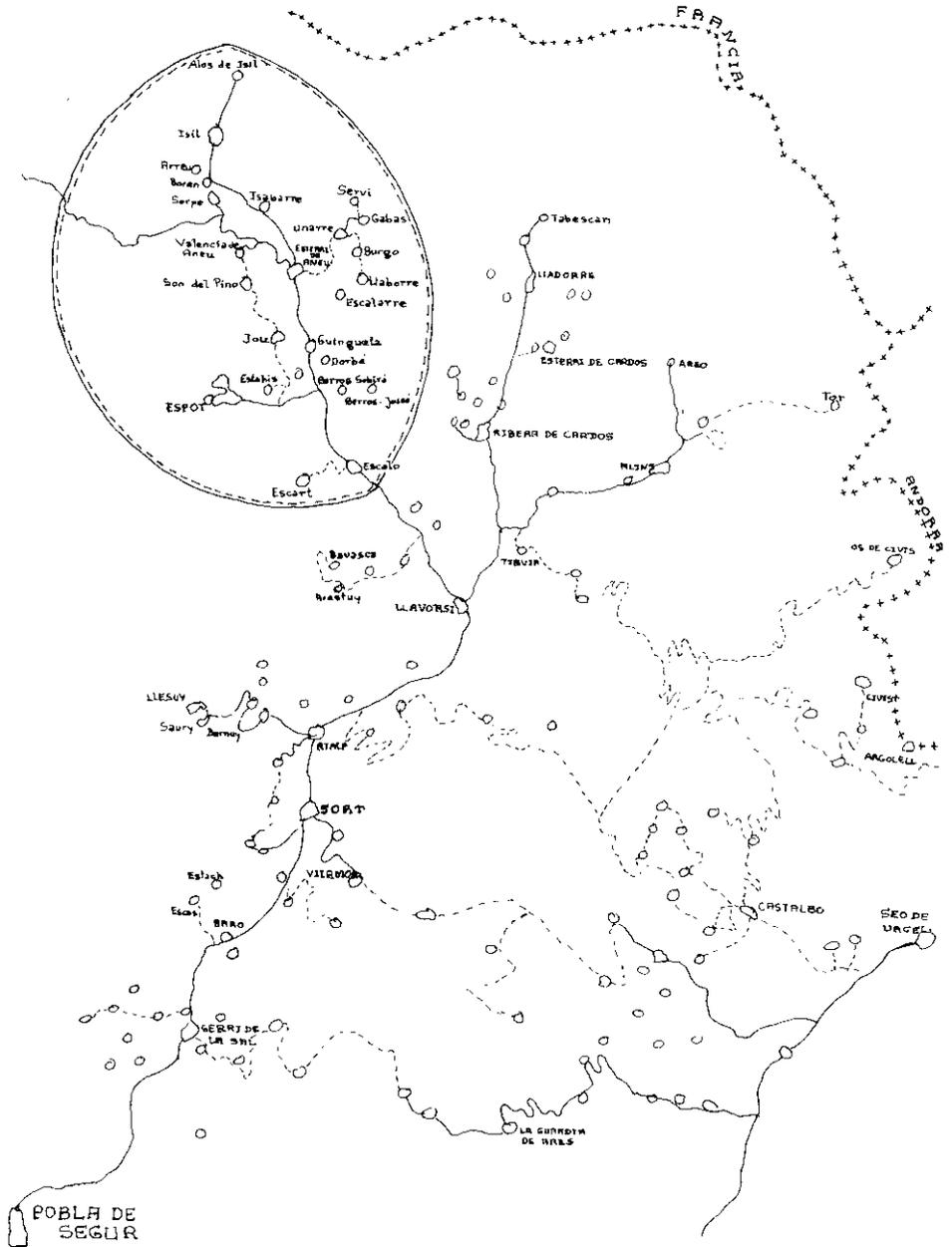
Las relaciones se producen de forma espontánea y cotidiana a través de Esterri, capital del Valle, donde casi todos los días hay oportunidad de tener contacto con muchos de los habitantes del valle independientemente del pueblo que procedan, que necesariamente tienen que bajar a Esterri a solucionar algunos de sus asuntos.

<sup>11</sup> BIROT, P.: *Etude comparée de la vie rurale pyrénéenne dans le pays de Pallars (España) et de Causerans (France)*. Paris, 1973.

<sup>12</sup> MORELLO, J.: *La Vall d'Aneu*. Barcelona, 1904.



Mapa 4.—Asistencia ocasional a mercados (de: Mercados secundarios de Lérida, J. Tortosa Durán).



Mapa 5.—Localización del valle y sus diferentes pueblos en el área comarcal.

Quiero hacer hincapié, antes de seguir, de la oposición que nuevamente se hace patente en este nivel de identificación entre el arriba/abajo, y que, tal como he dicho, está de alguna manera siempre presente, pero que en la unidad Valle es más patente. Esto es debido, en parte, a la propia situación de Esterri, en el centro del Valle, a 948 m. de altitud, donde confluyen las demás riberas (ver mapa) que agrupan al resto de los pueblos, situados la mayoría por encima de los 1.400 m. de altitud.

Además, la diferencia ocupacional entre los habitantes de Esterri, que viven del comercio y servicios, y los del resto de los pueblos, donde predomina la ganadería, marca profundas diferencias entre ambos que se representan en el arriba/abajo. La expresión «los pueblecitos de la montaña» que se utiliza en Esterri para referirse al resto de los pueblos es a veces, un tanto peyorativa. En estos estrechos límites, Esterri está representando la forma de vida urbana mientras que el resto de los pueblos constituye el mundo rural.

A pesar de esto, el valle es una unidad. A nivel de discurso se hacen frecuentes menciones a la necesidad y el hecho de estar todos unidos, pues los unos no pueden vivir sin los otros. La afirmación de que en el Valle tienen de todo y si quieren no les hace falta salir, remarca, con el empleo de «salir», una cierta frontera entre el Valle y el exterior. Un exterior, por otra parte, que estaría también «abajo»: en Sort, capital del Pallars Sobirà; Tremp, capital de la región, o Lérida, capital de la provincia.

Uno de los acontecimientos a los que los habitantes del Valle como miembros del grupo asisten son las fiestas patronales, que es el hecho anual más relevante de cada pueblo; se realiza sistemáticamente, sin que nadie se plantee siquiera si hacerlo o no, simplemente se da por hecho que hay que ir.

Siempre existen algunas familias más amigas donde se puede ir a comer o cenar, ya que las invitaciones mutuas forman parte del sistema de relaciones. Esto, sin embargo, es cada vez menos frecuente, porque debido a la mayor movilidad, hay que mencionarlo otra vez, es habitual desplazarse de uno a otro pueblo en busca de un cambio de ambiente, al igual que se haría en una gran ciudad, que se va de un bar a otro, sólo que aquí están situados en pueblos diferentes.

También se asiste a romerías de distintos pueblos, pero hay una especialmente, que convoca a todos los habitantes del Valle: es Santa María de Aneu, su patrona. Esta romería, en Escalarre, no ha dejado de celebrarse, y cada vez recobra con más fuerza su antigua vitalidad, pues suponía una jornada de convivencia vivida intensamente por todos los aneuenses que intercambiaban, además de comida y bebida, posibles candidatos y candidatas al matrimonio.

Este último punto tenía otro lugar, sin embargo, considerado como idóneo para esos menesteres: «la feria del got de vi». Esta feria, más que las otras, tenía una importancia social reconocida en cuanto a perpetuación de relaciones, puesto que de ahí podían salir nuevos enlaces matrimoniales. A

esa reconocida función de beber informalmente, «got de vi» se unía la de encontrarse con el casamentero, el personaje mencionado anteriormente que proponía a los padres a la ocasión de esa feria posibles candidatos al matrimonio para sus hijos. Generalmente se acordaba una cita para la siguiente feria con la finalidad de que los posibles futuros esposos se conocieran entre sí, para lo que se les dejaba charlar en una sala de un hotel o un bar, a veces en un balcón. De esta específica función de la feria del «got de vi», que se celebraba después de Pascua, generalmente el domingo siguiente, me interesa resaltar sobre todo que se desarrollaba principalmente entre todos los habitantes del Valle, quienes además asistían a otras, en Sort o Tremp, que como hemos visto tenían una convocatoria más amplia, comarcal.

Hay además otras dos ferias anuales, también celebradas en Esterri<sup>13</sup> y que convocaban fundamentalmente a los habitantes del Valle, aunque también asiste gente de toda la comarca. La más importante es la de otoño, de «Tardó», por Santa Teresa, el 15 de octubre. Supone una ocasión festiva casi en mayor medida que las fiestas patronales, sobre todo en el pasado en que la escuela cerraba y todos se divertían durante tres días con el dinero que circulaba producto de las ventas de ganado. A los pocos días tenía lugar la feria de Santa Catalina, el 25 de noviembre, en que se terminaba de pagar todo lo que se había comprado anteriormente, y se vendían animales que habían quedado hasta el último momento en los pastos de alta montaña.

También con mayor importancia en el pasado, disminuyendo a medida que aumenta la movilidad con el empleo creciente de vehículos, se celebra los domingos, «día feriado» en Esterri, una cita semanal entre los habitantes del Valle.

Hasta las tres de la tarde los comercios permanecen abiertos, permitiendo una constante actividad que dura toda la mañana, durante la cual, además de aprovisionarse de los alimentos necesarios para la semana, se intercambian las pequeñas novedades habidas en los diferentes lugares y se testimonian su afecto y buenas relaciones.

En relación directa con la decadencia de esa costumbre de reunirse en Esterri los domingos está la escuela. De nuevo la modificación de la estructura escolar influye en este sector de identidad que es el Valle. Puesto que muchos padres tienen hijos escolarizados en la Escuela Graduada de Esterri, se ven obligados a ir a llevarles los lunes por la mañana, y a recogerles los viernes por la tarde; estos viajes son aprovechados para realizar compras y solucionar otros problemas, con lo que pierde funcionalidad la asistencia del domingo por la mañana, que acaba postergándose.

Desde otra perspectiva, sin embargo, la concentración escolar contribuye a la integración en el grupo, como he mencionado para la unidad comarcal. Aquí, en el Valle, lo que ocurre es que se da un conocimiento di-

---

<sup>13</sup> GONZALEZ BUENO, M.: «Faires dans la Vallée d'Aneu», en *Etudes Rurales*, n.º 77, 1980.

recto desde edades muy tempranas, algo que antes no se producía hasta en la juventud cuando los mozos comenzaban a asistir regularmente a las fiestas.

El momento en el que se manifiesta de manera más evidente la unidad del Valle es a la ocasión de una defunción, en la celebración del funeral.

Entonces, no importa el lugar donde se haya producido, todos los habitantes del Valle o asisten directamente o están de alguna manera representados, para decir el último adiós a uno de los miembros de la comunidad. Todas las posibles enemistades que hubieran podido existir han de pasarse por alto y la asistencia es obligada si no quiere inflingirse una ofensa que puede perpetuar indefinidamente un enfrentamiento.

Otra manera más de mostrar la pertenencia al grupo es cuando se hace referencia a otros valles, aunque no sea necesariamente para mostrar oposición. Se dice, por ejemplo, «casó con uno de Cardós». Estar casado con alguien de Cardós es estarlo con alguien de fuera, a pesar de que a su vez Cardós forma parte de otro grupo más amplio, la comarca. Además, la expresión pone en evidencia como a su vez el Valle de Cardós es tomado como unidad, ya que no se especifica más el lugar concreto de procedencia.

Desde 1975 se lleva a cabo una fiesta que viene a reforzar aún más la unidad del Valle, congregando en ella a los principales protagonistas: los jóvenes. Se trata de la fiesta de los «concos», los solteros del Valle, que haciendo alarde de humor subliman su status de solteros —algunos ya pasan de los cuarenta— y aprovechan la ocasión para convivir en la diversión.

Me estoy refiriendo sobre todo a espacios físicos que generan identidad; sin embargo, por sí solo, un espacio no es suficiente para que quienes lo habitan tengan conciencia de grupo.

Existe un buen número de personas que viviendo en el Valle, algunas incluso desde hace muchos años, no son consideradas como parte integrante del grupo, es más, se les sigue viendo como «extranjeros», «charnegos» y «castellanos».

Los tres términos son utilizados, fundamentalmente el último, que aunque aparentemente es menos ofensivo, en realidad se utiliza por principio en un sentido peyorativo, aunque puede haber alguna excepción.

Un «castellano» (que puede ser de no importa que región española: aragonés, por ejemplo) es todo aquel que no pertenece a su medio, y especialmente si no habla catalán.

Puede vivir muchos años en el Valle y seguir siendo extranjero si no ha existido una voluntad muy fuerte de integración, que se cifra en aceptar las costumbres, compartirlas y tratar de entender y hablar el catalán que ellos hablan. Existen muchos ejemplos de personas residentes en el Valle desde hace más de cuarenta años y que no están en absoluto integradas, produciéndose rechazos mutuos y que a menudo son acusadas de algunos percances ocurridos en diversos lugares. Los miembros de la segunda o tercera ge-

neración, nacidos ya en el Valle, que utilizan el catalán como medio de expresión y que asisten regularmente a la escuela comienzan a ser considerados como parte de la comunidad. Pero el proceso es generalmente muy lento.

Algunas consideraciones más sobre la existencia de «extranjeros» en el propio Valle. Este espacio representa lo conocido, lo controlable, sobre lo que se puede ejercer una cierta censura que frene comportamientos abusivos en cualquier terreno. Un medio de lograrlo es a través del grupo familiar. Por eso, a principios de siglo, la construcción de la carretera que atraviesa el Valle hasta el puerto de la Bonaigua, supuso un aumento de población considerada socialmente muy negativa aunque se reconocen los beneficios económicos que reportó. Pero la convivencia resultó muy dañada porque a «los de afuera», al no conocerlos era difícil controlarlos, mientras que «los de adentro», entre tanta gente, pasaban desapercibidos.

Hay que tener en cuenta que lo «no conocido» lo que en realidad indica es la ausencia de conocimiento del grupo familiar, el marco donde el individuo tienen raíces, a través del cual se le pueden exigir unos determinados comportamientos.

Forasteros permanentes en el Valle son también los guardias civiles. Residentes en Esterrí d'Aneu, recorren los diferentes pueblos en acto de servicio o para asistir a lugares de diversión. Los roces entre ellos y los habitantes del Valle son prácticamente constantes con motivo de pequeños problemas, tanto derivados de sus tareas de vigilancia, como a través de las mujeres en las tiendas (que según «los del Valle» quieren tener un trato de favor) y a causa de su actitud en los bailes y sus pretensiones sobre alguna muchacha de la zona.

El resultado es que su vivir en el Valle transcurre de una forma marginal, sin que los escasos matrimonios celebrados con muchachas del Valle hayan contribuido a la aceptación del Cuerpo, que, por otra parte, al cambiar frecuentemente sus efectivos, no potencia la integración.

Hasta aquí hemos visto los grupos en los que se sienten inmersos los montañeses más allá de los estrechos límites del pueblo. Ahora voy a hacer algunas consideraciones sobre esta unidad, que contrariamente a lo que ocurre en otros lugares genera un sentimiento de pertenencia más leve. Seguramente en parte es debido al hecho, ya mencionado, de la costumbre por la que se rigen los intercambios matrimoniales, que sólo en ocasiones se realizan entre habitantes del mismo pueblo.

Además, muchos pueblos tienen bienes comunales que poseen entre dos o más, por lo que los contactos entre ellos son muy frecuentes. Esto, a su vez, más que un motivo de unión es motivo de fricciones, ya que cada pueblo quiere que los beneficios que la venta de la madera o el aprovechamiento de los pastos genera redunden en beneficio propio, pero en contadas ocasio-

nes se detecta un sentimiento de solidaridad como el que se hace palpable en otras escalas más amplias o más reducidas.

Sin embargo, existen también costumbres e instituciones que refuerzan un cierto espíritu comunitario. Con la gente del propio pueblo es con la que se convive diariamente, como expresaban algunas alumnas concentradas en la Escuela Hogar de Esterri; refiriéndose a su escuela, antes del cierre «estábamos a casa nostra i la gent era coneguda». Es a través de los niños como se crean lazos de unión, quienes muestran, con su libertad para andar por las calles y entrar en las casas, que esa esfera es el territorio de lo conocido; no necesitan identificarse para que todos sepan quiénes son, algo que, invariablemente, deben hacer cuando salen fuera de sus límites.

En todos los pueblos la ganadería se cuida en común; se reúne todo el ganado en «la boyada», y dependiendo del número de cabezas de ganado que tengan cada uno, y por turnos, cada día se encarga un vecino de cuidarlo. Asimismo son todos los vecinos los que poseen, en común, un toro.

Las fiestas patronales han representado siempre el momento más oportuno para mostrar la solidaridad de sus habitantes, el aspecto más armonioso para presentarlo así a los posibles visitantes. También las fiestas de carnaval solían celebrarse individualmente, aunque curiosamente en ocasiones se iba de un pueblo a otro para «robar» el muñeco, lo que está en cierto modo poniendo de relieve que unos pueblos están involucrados con los otros.

Existía una tradición que tiene también estas dos vertientes, pues se hacía de la misma forma en todos los pueblos del Valle, pero se hacía puntualmente en cada uno de ellos. Era con motivo de las bodas. Cuando la novia era de otro pueblo, hecho frecuente, la comitiva nupcial, de vuelta para casa del novio, después de realizada la ceremonia en el pueblo de la novia, era detenida en cada uno de los pueblos por los que pasaba; ponían una «barrera» en la carretera o camino por donde tenían que pasar y les invitaban a vino y pastas, pero a cambio los novios tenían que pagar; si no pagaban no les dejaban seguir.

Se pone de manifiesto la independencia de cada pueblo al remarcar sus límites con la barrera, y a la vez se evidencia la obligación de hacer participes a los demás, en una u otra medida, de un acontecimiento tan importante como es la boda.

Otra muestra más de la consideración del pueblo como unidad es la personalidad que se les atribuye a través de ciertas creaciones literarias orales a base de cuentos y pequeñas narraciones y sobre todo apodos, que la mayoría de los habitantes conocen, y a veces utilizan para referirse a los pueblos vecinos. Existe todo un rosario de apodos<sup>14</sup> que hacen alusión a característi-

---

<sup>14</sup> Recogidos por POL, Celestino: *Diccionario dialectal del Valle de Aneu*. Lérida, 1973. También los recoge, junto con otros de la comarca, PÒRTIS I JORNADA, Just, en *Sort, un temps i una gent*. Sort, 1989.

cas del paisaje y sobre todo a cualidades morales, en el que todos los pueblos del Valle y de la comarca tienen cabida.

Dentro del pueblo existen unos grupos basados especialmente en la solidaridad, que mantienen unas relaciones muy estrechas y constituyen a modo de pequeñas comunidades que intercambian tanto cotidianamente como en acontecimientos extraordinarios prestaciones y ayudas de todo tipo.

Otra vez es el espacio quien condiciona estos grupos que constituyen los «veïnats», formados por las casas «mes a prop», las más cercanas.

La ayuda vecinal es un hecho que se espera se produzca de forma espontánea, pero que, sin embargo, aquí está institucionalizada, existiendo múltiples referencias al veïnat, que constituye una unidad de identidad vivida y sentida más intensamente que el pueblo.

La situación de las casas marca la constitución del veïnat, que puede pasar a denominarse el de la parte alta o parte baja, por ejemplo, haciendo referencia a algún accidente del terreno. En algunos pueblos, el río divide en dos el pueblo, formándose como dos grandes barrios (relativamente grandes, pues hablamos siempre en referencia al pueblo, del que la mayoría tienen menos de 300 habitantes; sólo sobrepasan este número Espot y Esterri) que crean un cierto sentimiento de diferenciación entre uno y otro, pero que no coincide con las unidades que forman los veïnats. Estos están formados únicamente por dos o tres casas, cuatro como máximo, que mantienen una fidelidad más estrecha incluso que con los parientes, puesto que los parientes más cercanos, como hemos visto, se encuentran a menudo fuera del pueblo, ya que el área matrimonial es muy amplia.

Tradicionalmente eran los miembros del veïnat quienes colaboraban en hacer los trabajos relacionados con la matanza del cerdo y la elaboración del queso de oveja, «orri».

Se reunían consecutivamente en las diferentes casas y realizaban los trabajos entre todos. De esa forma lo hacían más rápidamente y el trabajo tomaba un aire de diversión. A continuación se celebraba una pequeña fiesta que en ocasiones llegaba a ser casi tan importante como la patronal.

A nivel cotidiano, la solidaridad del veïnat se mantiene con pequeños obsequios paralelos a las prestaciones; se puede hacer un guiso extraordinario o un postre y compartirlo con alguna vecina. O con ocasión de un cumpleaños, hacer también pequeñas invitaciones y obsequios simbólicos, con la única finalidad de mantener los lazos de unión. Estos permiten pedir favores, por ejemplo, cuando alguien se desplaza a Esterri, Sort, Lérida, etc; invariablemente, estos viajes llevan añadidos a su cometido principal una buena lista de encargos de la vecindad.

Una semana al año, el domingo siguiente al Corpus Cristi, tiene lugar la fiesta de los veïnats. Es la ocasión de manifestar públicamente la solidaridad vecinal. Durante una semana, en Esterri (lugar donde la división en barrios coincide con la semana completa) y en otros pueblos como Sort, tiene lugar

cada día la fiesta de un barrio, que consiste en una ceremonia religiosa, Misa, donde se ofrece coca realizada por los vecinos, juegos infantiles, chocolate u otra invitación y baile. Participa todo el pueblo, pero la organización y el peso del desarrollo corren a cargo de cada veinat, que hace así alarde de ingenio y generosidad frente a los demás.

Finalmente, tengo que mencionar de nuevo el funeral como ritual más representativo en orden a patentizar la solidaridad del veinat. Si a él, como hemos visto, asisten de todo el Valle, son los vecinos, los del veinat, quienes tienen la parte más activa. Ellos son los que se ocupan de los trámites para organizar todo lo necesario: avisar a los demás vecinos, amortajar, velar... De cada una de las dos casas más próximas, una persona se viste de luto, y en la comitiva sigue inmediatamente a la caja funeraria, antes que los familiares, un hombre si era hombre el fallecido, o una mujer en el caso de que fuera mujer, siguiendo a continuación los familiares más allegados y la familia del mismo sexo que el difunto.

El funeral, y todo el ritual que le rodea, se convierte así en un espejo de la organización social, simbolizando la importancia de la solidaridad vecinal por encima de los parientes en una sociedad donde cada casa desearía ser autosuficiente.

*La casa* es la unidad de identidad a la que me voy a referir a continuación, después de haber recorrido para llegar a ella el camino que deberíamos recorrer como forasteros hasta llegar a esa unidad casi inaccesible. Es el proceso inverso a como lo perciben y lo viven los habitantes de esta zona lerdana, que, como a todo lo largo de los Pirineos, son sobre todo miembros de una casa.

Deliberadamente he evitado hasta ahora referirme a ella, aunque la he mencionado en varias ocasiones. Más me he referido a la familia, a pesar de ser un término apenas utilizado en la zona, pero que de alguna manera interfiere menos en los niveles de identidad que he querido resaltar anteriormente.

El hecho de que no se emplee el término familia se debe a la completa identificación que existe entre el grupo familiar y la casa donde habita, que incluye además del grupo todo tipo de bienes de su pertenencia: animales, prados, huertos, maquinaria y otros instrumentos de trabajo<sup>15</sup>.

La casa es la unidad que congrega a los individuos de un grupo familiar, quienes no tienen sentido si no es en función de aquélla. Todo lo que no es de la comunidad pertenece a una casa determinada, y hasta los lugares públicos toman a veces el nombre de las casas que están situadas en su entorno.

---

<sup>15</sup> Sobre el campo semántico de la palabra casa ver: LISON TOLOSANA, Carmelo: *La Casa en Galicia. Ensayos de Antropología Social*, 1973. La estructura de la casa gallega es en algunos aspectos similar a la de esta zona, la implicación del término es prácticamente la misma. A todo lo largo del Pirineo y en muchas otras zonas del norte de España se da la misma estructura, así como en otros lugares de Grecia y Yugoslavia.

La casa está representada por un nombre. Y la duración de las casas en el tiempo es ilimitado, ya que se trata fundamentalmente de lograr su perpetuación. Así pues, el nombre es suficiente para evocar su historia y su presente, características morales, posición económica, edificaciones y situación. Afianzada la casa a lo largo de los años, forma parte del paisaje y del acervo cultural de todos los habitantes de la zona. Por eso, los individuos tienen importancia sólo en función de la casa a la que pertenecen.

Cada persona está adscrita a una casa, por nacimiento o por matrimonio, y sus características personales quedan diluidas en la casa, que es quien mantiene personalidad en el transcurrir del tiempo.

En este contexto, la sola mención del nombre es como presentar la tarjeta de identidad, suficiente para saber «quién es quién», aunque poco importa; es en realidad de qué pequeño grupo se forma parte lo que interesa. En esta zona carecería de sentido identificarse con nombre y apellidos, pues no siempre éstos coinciden con el nombre de la casa; tampoco se hace exactamente en base a la filiación, sino que es siempre con referencia a la casa que se pertenece, aunque sea por matrimonio, como ocurre con la mujer del heredero. A todo lo largo de la comarca bastará evocar el nombre de la casa a la que se pertenece para establecer una relación fluida y abrir puertas a quien, a nivel individual, pueda ser absolutamente desconocido.

Obsérvese la diferencia con lo que ocurre en otras zonas de Castilla, por ejemplo, donde esa referencia al nombre es inexistente, puesto que el sistema familiar es totalmente distinto; ni siquiera físicamente las casas, que perduran a lo largo de los años, son ocupadas por el mismo grupo familiar. Cada individuo, llegado el momento del matrimonio, debe establecerse en su nueva residencia, donde constituye un nuevo grupo junto con su mujer y que se ampliará después con la llegada de los hijos. Como las características paternas no se transmiten íntegramente, al repartirse, como la herencia, quedan muy disminuidas, y cada hijo conformará las suyas propias, con una duración, pues, muy reducida, la de su propio ciclo vital. Así que, cuando una persona quiere identificarse, lo que hace es recurrir a la filiación, pero explicando un complicado vínculo de relaciones: «Soy hijo de Gregorio, que era hermano del difunto Matias, que se casó con la hija pequeña de Angel.» Al final, el interlocutor logrará situar al que se identifica para calibrar qué grado de ayuda, confianza o simpatía debe mostrarle.

El grupo familiar de la zona responde a la denominación de familia troncal o «souche». Está formada por el matrimonio del «patrón» y la «mestressa», el «hereu» y su mujer, «jove», y los hijos de ambos. Además es frecuente que residan en la casa alguno de los hermanos o hermanas del patrón; si han permanecido solteros reciben entonces el nombre de «oncllet», y los hermanos del hereu, también en el caso de que estén solteros.

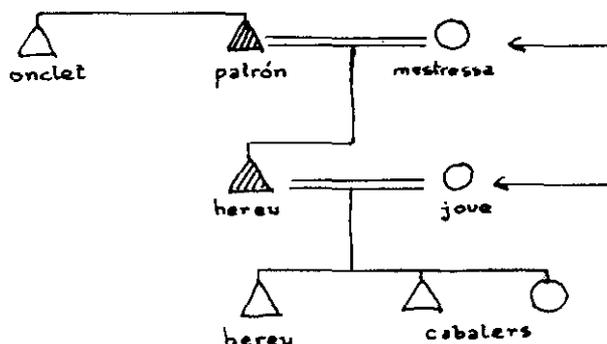


Figura 1.

En el momento en que los hermanos del heredero contraen matrimonio deben salir de la casa paterna, pasando a residir en la casa de la «pubilla» o «hereu» con quien contraiga matrimonio.

La «pubilla» es la figura femenina equivalente al «hereu», puesto que en la zona, aunque tiene preferencia el primogénito varón, en caso de no haberlo la heredera universal es la hija mayor.

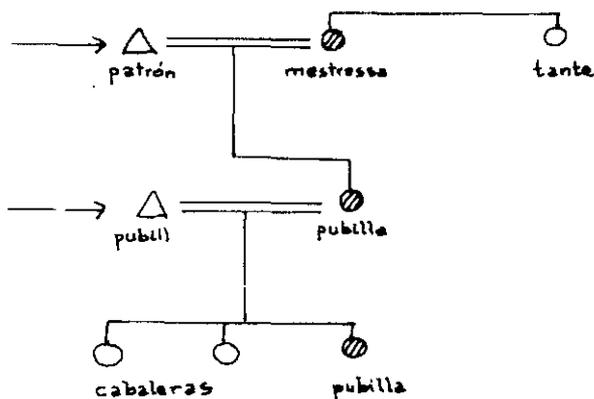


Figura 2.

En función de la casa y perpetuación gira todo el sistema social. Los sistemas sociales de los Pirineos se denominan, para simplificar, «sistemas concentrados sobre la casa»<sup>16</sup>. Por eso es importante la casa a la que se pertenece, ya que es la unidad base de todas las demás relaciones.

<sup>16</sup> AUGUSTINS, Georges: «Rôle et aspects du mariage dans le monde de perpetuation des groupes domestiques pyrénéens», en *Los Pirineos. Estudios de Antropología Social e Historia*. Madrid, 1986.

Habitualmente se menciona, además del nombre de la casa, la posición que se ocupa dentro de ella. Se trata de conseguir que la aceptación del sistema de herencia, por el cual todo el patrimonio pasa a un sólo hijo, sea totalmente aceptado por todos los miembros del grupo familiar; esto se consigue identificando a cada uno, desde edad muy temprana, con la posición que ocupa en la casa, a lo que contribuyen todos al hacer referencia constante a las personas no con su nombre propio, sino con éste y el de la casa, o con el de la casa y su posición: «Pepe de Marchant», «aquet es el hereu de casa Sastrada», por ejemplo.

Sigue teniendo vigencia el comentario que sobre la zona aparece en «Les Cases Pairals Catalanes»:

«Avui dia es el Pallars la seu autentica de les formes pairals més pures. En el llenguatge corrent de la seva gent els mots hereu i cabaler surten a cada pas tot naturalment»<sup>17</sup>.

Es frecuente, cuando se entra en un lugar, preguntar: «On es la mestressa?» o «Con va l'hereu?»

A veces puede ocurrir que esa posición atribuida en la casa se modifique, ya que en aras de la conservación del patrimonio familiar, los padres pueden designar heredero (o incluso heredera) a cualquier hijo o hija que demuestre unas cualidades más acordes para lograr ese objetivo. Aunque lo normal es que la aceptación del rol de cada uno sea plena y se actúe en consecuencia.

En este grupo que constituyen los miembros de la familia que residen bajo el mismo techo es donde fundamentalmente el individuo desarrolla su actividad, al que debe lealtades y para el que trabaja mientras reside en la casa.

La existencia de un grupo numeroso hace posible el trabajar como una pequeña sociedad que aspira a ser autosuficiente; en realidad, el ideal de una casa sería no tener que pedir nada a nadie. «Yo no he demandat mai res a ningú.»

El grupo es quien hace posible en cierta medida cumplir con este ideal; cuanto más numeroso es el grupo, más posibilidades tiene la casa de «mantenerse» en la posición económica en que se encuentra y de aumentar sus bienes. Por eso ha sido muy frecuente que en las casas vivieran también criados que desde niños (muchos de ellos procedentes de la casa de Caridad de Barcelona) residían en la casa y de alguna manera acaban formando parte de ella<sup>18</sup>. Lo mismo que los cabalers que permanecían en la casa del

<sup>17</sup> CAMPS I ARBOIX, F. de, y CATALA ROCA, F.: *Les cases pairals catalanes*. Barcelona, 1953.

<sup>18</sup> En el coloquio citado sobre Pirineos se presentó el artículo «La parenté adoptive en Pays-de Sault, 1900-1940», de Agnès Fine, que hace referencia al tema y presenta muchas similitudes con lo ocurrido en esta zona.

hereu, trabajaban con más ahínco si cabe que los propios hereus para mantener y aumentar sus bienes.

Uno de los privilegios del Valle hace constar precisamente que de producirse alguna muerte por problemas de términos, el pueblo del causante deberá indemnizar a la casa donde se ha producido la baja.

La autoridad paterna en este grupo es considerada como imprescindible para la buena marcha de los asuntos. Es algo que no se discute, puesto que todos lo tienen asumido: «Ho ha fet papa deixalo estar.»

Como dice Faus i Condomines<sup>19</sup>: «Nuestras casas campesinas, desde la más poderosa hasta la más humilde, constituye en realidad unas pequeñas monarquías rurales gobernadas por un jefe supremo y único, cabeza de familia, que es un verdadero patriarca o monarca familiar.»

El «patrón» ejerce la autoridad hasta muchos años después del matrimonio del hereu; aun cuando el trabajo activo recaiga en éste, es el patrón quien detenta la autoridad en reuniones de concejo y quien toma la última decisión en los tratos producidos en mercados y ferias. Pasan muchos años hasta que el «patrón» se convierte en «padrino» y delega toda la responsabilidad en el «hereu», momento en el que a éste, a su vez, se le comienza a considerar «patrón».

La casa es, pues, un pequeño universo (se oye con frecuencia: «cada casa es un món»), dotado de características propias que la diferencian de las demás. Se dice, por ejemplo, de algo que lo hizo «casa Morello» sin ninguna referencia concreta a individuos; es también la casa quien mantiene fidelidades o enemistades.

Este pequeño universo que es la casa está habitado por un grupo amplio, lo que supone que las necesidades de socialización están en parte cubiertas sin tener que traspasar sus límites. No es necesario «ir de visita»; los parientes más cercanos están en la casa. Los que se han quedado, los que forman parte del grupo, los otros ya fueron excluidos de él.

De nuevo, para poner esto de relieve, contrastemos la diferencia con el sistema castellano, en que cuando los niños son pequeños, para mantener vivas las relaciones de parentesco, es necesario acudir a varias casas diferentes, habitadas por abuelos y tíos, cosa que los niños hacen de forma espontánea y sin que necesariamente medie la compañía de adultos.

También los niños de nuestra zona, a edades tempranas, pueden *traspasar los límites* de otras casas, pero sólo cuando son muy pequeños. Son conscientes muy pronto de que cada casa es un «mundo» diferente (aunque todos similares). A menudo les he oído censurar a algún niño que contaba cosas ocurridas en su propia casa, le decían: «Lo que se oye en la casa no se

---

<sup>19</sup> Citado por TERRADES, Ignasi, en «*Antropología del Campesino Catalán*». Barcelona, 1973.

dice en la calle.» Porque las cuestiones de la casa son asunto exclusivo del grupo que allí habita.

Quizá debido a esa conciencia de grupo cerrado, que no da paso a excesivas confidencias, la amistad individual es prácticamente inexistente. No es que no se dé, existe algún grupo de adultos de la misma «quinta» o de jóvenes que se reúnen ocasionalmente para diversiones concretas; pero no es habitual el mantenimiento de una amistad duradera a lo largo de los años. Es como si de alguna manera se estuviera tratando de evitar que se produzca una delación de los asuntos internos de la casa. De hecho, cuando hay alguna excepción es comentada con una cierta admiración, no con censura, ni con alabanza; es la admiración de lo insólito, puesto que en principio nada inclina al mantenimiento de amistades individuales. Por eso también, apenas se toman en cuenta las riñas que a nivel individual puedan producirse entre niños o mozos, siempre y cuando no se produzca una ofensa pública por parte de una casa a otra. Aunque se considere que se ha actuado mal, si del hecho censurable sólo se han enterado las personas implicadas se pasa por alto. Pero si por cualquier razón ha trascendido, la casa del ofendido debe mostrar públicamente su descontento.

Es también la casa quien decide, en el momento preciso, qué «forastero» entrará, por matrimonio, a formar parte de su mundo.

Esta importante cuestión no es nunca fruto de una decisión individual únicamente, ya he mencionado en otro momento su importancia, y después de todo: «Alló de l'amor es questión de tracte.» En realidad sería mejor que no se produjera; el grupo es tan cerrado, que lo ideal sería que la reproducción tuviera lugar dentro de él sin la entrada de una extranjera.

Esto es lo que pone de relieve la reflexión que en boca del abuelo pone Joan LLuis en la novela «L'home de la bossa»:

«Justament m'agradari que s'estilés la usança de casàs germans amb germanes, sino que aço es anar contra els principes de la moral i, per tant, es pecat solament de pensar-ho. Pero si eço fes posible, que millor?»<sup>20</sup>.

Pero ya que esto no es posible, se trata de encontrar un candidato o candidata que aporte una dote considerable que contribuya al engrandecimiento de la casa.

La aceptación del sistema es tan grande, que todos los habitantes consideran lógico y razonable que los «hereus» acaben casándose con «cabaleiras» de situación económica similar a la suya, aunque se haya dado la circunstancia de estar cortejando durante años con otras muchachas.

<sup>20</sup> LLUIS, J.: *L'home de la bossa*, 1960. Parecida reflexión menciona LADURIE, Le Roy, en su libro sobre Montailou, donde, según uno de sus informadores: «Il vaudriat meïux (...) que le frère, plutot que de quitter mantie d'un gros capital de dot en vue du mariage avec un épouse étrangere la maison paternelle». *Montailou, village occitan de 1294 à 1324*. Paris, 1975.

Por eso son tan importantes las estrategias matrimoniales<sup>21</sup> que conducen a culminar con éxito la búsqueda del candidato/a apropiado/a. En realidad son las casas quienes están presentes en todas las unidades de identidad en que hemos ido penetrando, pues son ellas (y estamos personalizando constantemente) quienes, interesadas en perpetuarse en las mejores condiciones, establecen redes de amistad y parentesco a todo lo largo de la comarca.

Lo que ocurre a menudo es que la entrada de la «extranjera» en la casa se retrasa durante muchos años, y, desde luego, es frecuente esperar a que el matrimonio de los hermanos no herederos ya se haya producido. Esta es una manera de facilitar el camino a esa extranjera, que es la «jove», no tanto por ella misma, sino por lograr que la buena marcha de todos los asuntos permitan a la casa cumplir con su ideal de «subir» (aumentar sus posesiones económicas) si es posible, o al menos «mantenerse».

En este contexto, es lógico que los límites del pueblo resulten demasiado reducidos, por lo que el sentimiento de pertenencia a esa unidad es más leve. Comparemos esto con lo que ocurre en Castilla, concretamente en la provincia de Burgos, donde los matrimonios endógamos prevalecen. Aquí lo que prima es la necesidad de unir una hacienda excesivamente parcelada, por lo que es mucho más útil casarse con uno del pueblo. Las relaciones de parentesco, pues, dentro de los límites del pueblo se multiplican indefinidamente, dando lugar a una conciencia de solidaridad e identidad claramente perceptible.

Como consecuencia, en las concentraciones comarcales o regionales puede observarse que mientras en la zona leridana que nos ocupa se producen contactos entre las casas de diferentes pueblos, al estar unidos sus miembros por relaciones de parentesco, en las comarcas burgalesas suelen mantenerse grupos de individuos que proceden del mismo pueblo, ya que las relaciones de parentesco con los otros pueblos, cuando existen, suelen ser más lejanas.

Por otra parte, en esta zona los matrimonios no modifican básicamente la estructura social, puesto que la unidad de acción sigue siendo la misma en orden a participar en la vida del pueblo. En el área de Castilla, sin embargo, cada nuevo matrimonio supone un vecino más a participar en los derechos y deberes que su condición genera.

La situación que se produce excepcionalmente en esta zona cuando dos «cabalers» deciden contraer matrimonio, tiene más similitud con lo que habitualmente ocurre en Castilla, pero sólo en los primeros años. Se dice entonces casarse «cap a cap» para indicar que ninguno de los dos posee nada. Entonces, para empezar, se buscan una casa deshabitada (excepcional-

---

<sup>21</sup> Sobre este tema ver BORDIEU, P.: «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction», en *Annales*, n.º 4-5, juillet-octobre, 1972.

mente) para vivir, y con un oficio o con un pequeño rebaño y algún prado comienzan su andadura en el proceso de constitución de una nueva casa, proceso que puede durar dos y hasta tres generaciones, tiempo durante el cual la sociedad, las diferentes unidades de identidad por encima de aquella la dotan de unas características, de una personalidad y de un nombre, que no siempre coincide con la que ellos hubieran deseado.

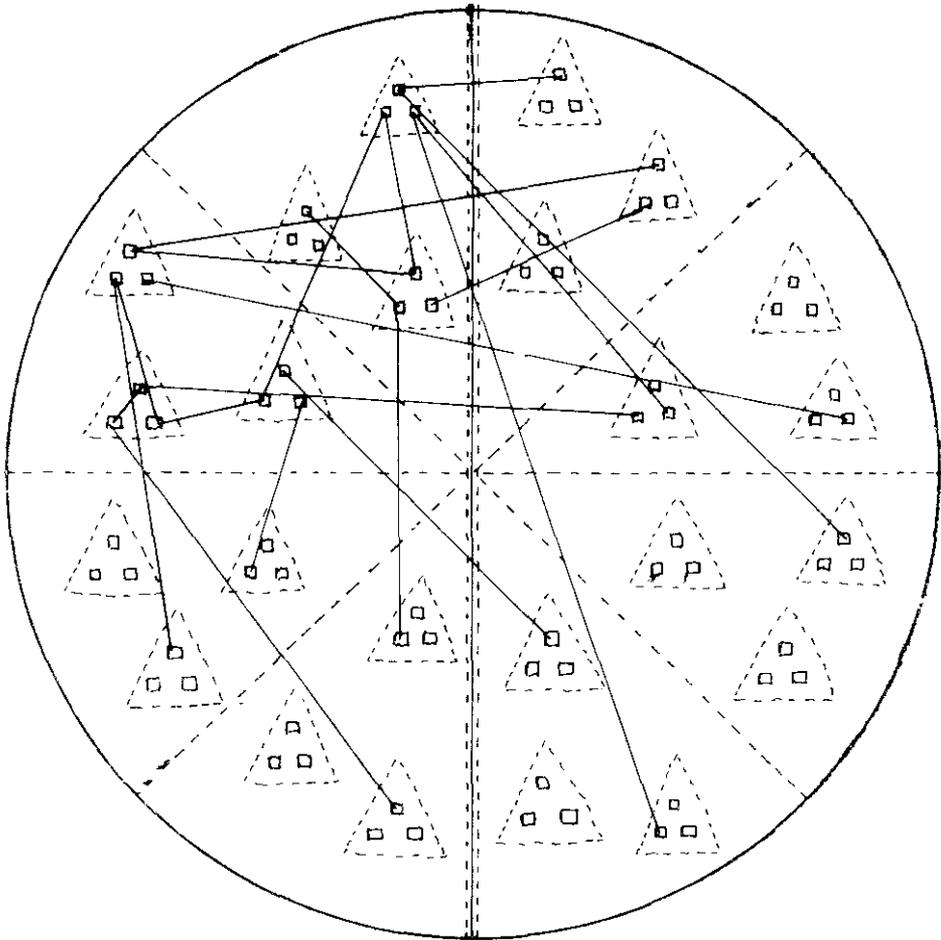
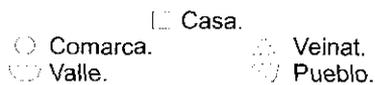


Grafico 1.—Relaciones comarcales: intercambios matrimoniales.



Es importante resaltar que es el entorno, las otras casas a través de los grupos más amplios en los que están inmersas, las que deciden sobre el prestigio, la calidad y los valores de la nueva casa. Se irán aplicando clichés sobre los comportamientos del nuevo patrón y la nueva mestressa (ella es muy trabajadora, él es un poco amanerado; es ella quien lleva los pantalones, etcétera), que progresivamente van formando parte de la conciencia colectiva y se evocarán cada vez que se mencione el nombre de la casa.

En cuanto a los no herederos, que trabajan para la casa mientras están en ella, su situación, vista como normal, es a veces conflictiva, porque saben que acabarán marchándose. A menudo lo hacen para trabajar o estudiar, pues los padres, en la medida de sus posibilidades, les proporcionan estudios y ayudas económicas en compensación a su exclusión de la herencia. Estos *cabalers*, que han sido en gran medida los inductores del desarrollo catalán, son poco problemáticos, puesto que generalmente triunfan en su profesión fuera de su zona. Sin embargo, los que se quedan en ella, y sus expectativas son residir en la casa del marido, «hereu» (o en casa de la mujer «pubilla»), saben que, temporalmente, están trabajando para el hermano, por lo que desean casarse pronto y trabajar para la que, desde que lo hagan, será su casa, y sobre todo la casa de sus hijos.

Porque «si te quedas en casa trabajas para un hermano, y luego, con lo que dan (la dote), se creen que te han pagado todo lo que has hecho allí». A este respecto es muy significativa una estrofa de los cantos de boda tradicionales en la que se manifiestan que a partir del matrimonio la casa es aquella del marido:

«Galant dama vos n'han dado  
cavaller, gardeu-la bé  
no diran de qui n'es filla  
sinò de qui n'es muller.»

De ahí todo el dramatismo que la ceremonia encierra, puesto que aunque desee pasar cuanto antes a lo que será su mundo, la ruptura con la que era su casa es muy brusca. A partir del matrimonio, su grupo, su mundo será repentinamente cambiado por otro grupo, otro «mundo», al que habrá de adaptarse, como toda extranjera debe hacerlo en la sociedad que la recibe.

La falta de instituciones y cauces a través de los cuales canalizar comportamientos laborales, festivos, culturales o religiosos, contribuye en gran medida a la centralización de todo el sistema en torno a la unidad casa y supervivencia, a pesar de todos los cambios introducidos. Hemos visto el dramatismo que supuso para los pueblos el cierre de las escuelas, expresado en la frase «cuando la escuela se cierra, el pueblo se muere». Porque para muchos pueblos, la escuela ha supuesto durante años la vinculación más próxima con el mundo exterior; la participación en el ritmo laboral y festivo de una comunidad más amplia ha tenido lugar a través de la escuela. Añada-

mos también la Iglesia, que, mucho antes que la escuela, dejó de cumplir con su función social de aglutinar a los vecinos con motivo de las diferentes celebraciones religiosas, puesto que la escasez de sacerdotes hizo que los horarios de éstos tuvieran que adaptarse a la diversidad de pueblos donde debían ejercer su labor, dejando de lado las tradiciones.

La Escuela y la Iglesia no han sido aglutinantes de individuos lo suficientemente fuertes como para restar influencia a la unidad casa, que ha seguido prevaleciendo e implantando sus esquemas y su jerarquía (casas fuertes, buenas casas de «no res»), incluso a nivel simbólico, en el lugar que ocupaba cada una en las celebraciones religiosas.

Tengo que añadir, por último, que, cada vez en mayor medida, las posibilidades de desarrollo individual al margen de la casa aumentan si no en la pequeña esfera del pueblo, sí en el Valle. Las ofertas de trabajo fuera de las ocupaciones tradicionales (ganadería y comercio) se diversifican progresivamente. Las plazas hoteleras, la estación de esquí de Super Espot, la central hidroeléctrica, las entidades de ahorro y las escuelas de la naturaleza generan puestos de trabajo que permiten cada vez a un mayor número de individuos, no herederos, quedarse a vivir en la zona sin tener que depender por ello únicamente de la «colocación» por matrimonio en alguna de las casas tradicionales.

Al existir un buen número de grupos familiares que se apartan del que tradicionalmente se considera como constitutivo de la casa, ésta va perdiendo protagonismo en las relaciones sociales y, muy lentamente, va dejando paso a las relaciones espontáneas a través de individuos.